

Mujeres y hombres en la Historia. Una propuesta historiográfica y docente



FICHA BIBLIOGRÁFICA

MÓNICA BOLUFER PERUGA, *Mujeres y hombres en la Historia. Una propuesta historiográfica y docente*. Granada, Comares, colección Mujeres, Historia y Feminismos, 2018, 135 págs., ISBN 978-84-9045-780-1

Elena Hernández Sandoica | **Universidad Complutense**

BAJO UN TÍTULO QUE DA CUENTA DE LA APUESTA METODOLÓGICA de la autora por la renovación historiográfica de inspiración francesa, Mónica Bolufer nos ofrece en su libro *Mujeres y hombres en la Historia. Una propuesta historiográfica y docente*, un texto que, por su gran interés, quizá se nos hará breve, pero que resulta muy bien trabado y convincente.

En tres apartados, y a lo largo de poco más de 130 páginas, la autora revisa estas temáticas: “Los caminos cruzados de la renovación historiográfica” (bloque I), “La historia de las mujeres y del género: ¿porqué y cómo?” (bloque II), y “Enseñar la historia de las mujeres en la universidad” (bloque III). Su objeto principal se dirige a proporcionar a profesionales de la historia una guía para abordar programas académicos que incorporen de manera integral a las mujeres al discurso histórico, contextualizando la institucionaliza-

ción de la historia de las mujeres en el total de la disciplina. Y así la inscribe en un recorrido previo, muy general, por algunos de los cambios e inspiraciones historiográficos que han marcado la segunda mitad del siglo XX. Unas transformaciones afortunadamente ya asentadas y cuyo desarrollo, aquí sintético, será sin duda de utilidad práctica para llevar a cabo la reflexión teórica que sigue necesitando la enseñanza universitaria, ahora tan comprimida y compartimentada y a la que se ha ido reduciendo espacio creo que equivocadamente. De paso quiero creer que este texto, por su claridad y carácter compacto, puede ser también de gran ayuda en la enseñanza secundaria más inquieta y renovada.

Partiendo de aquel enfoque, describiendo las experiencias intelectuales que conducen hasta la incorporación –aunque sea que parcial- de las mujeres a los relatos generales de historia, la especialista en Historia Moderna que es Mónica Bolufer nos las presenta como algo derivado originariamente del desencanto y la desafección que, en mujeres lectoras y cultivadas, desde la ilustración y el liberalismo, producían en Norte y Centroeuropa los relatos políticos – Mary Astell o Jane Austen por ejemplo-. Desde ahí va siguiendo la autora los diversos caminos por los que se han ido recuperando poco a poco, y con dificultades evidentes, muchas figuras y voces de mujer, descubriendo y revisando fuentes, y reconstruyendo así su acción y su presencia. Ciertamente el siglo XIX, con su deslinde artificioso de los espacios público y privado (el hombre y la política de un lado, y de otro la casa y la mujer), habría recortado y estorbado aquella presencia y rol de las mujeres, codificando y regulando las prácticas, debilitando la visibilidad femenina y dificultando su memoria. Presencia y memoria que aparecerían por el contrario de manera más nítida y más fuerte, más relevante, cuando volvemos la vista hacia atrás, hacia el abigarrado y complejo universo social que el *progreso* industrial y político acabaría arrasando.

Inscrita la trayectoria profesional de Mónica Bolufer, como antes dije, en una tradición historiográfica que inspira fundamentalmente el magisterio francés –la “historia mixta” de Michelle Perrot y de Françoise Thébaud o Arlette Farge, en la línea de la magna empresa editorial que sobre historia de las mujeres e historia de la vida privada alentaría hace décadas Duby-, la perspectiva adoptada por la autora para organizar el texto es, metodológicamente, *relacional*. De esta manera, la relación entre los sexos se plantea como una dimensión esencial de la evolución social (que sería obligado tener en cuenta en todo análisis científico-social), y en consecuencia la historia de las mujeres es, a la vez también, la historia de los hombres.

Dominantes, sin duda alguna, los varones no habrían llegado sin embargo a eliminar o asfixiar toda capacidad de resistencia femenina –capacidad incluso *política*, pero especialmente capacidad de conformar *culturas propias* de la mujer-. Así podríamos resumir el modo de abordar en un principio la proyección relacional buscada, en una instrucción básica que en la práctica choca con cualquier otra comprensión *esencialista* de la voz y la acción de la mujer. Una inspiración teórica y política esta última –no hay que recordarlo ahora pues es bien sabido- que, bajo formas diversas y propuestas distintas, defenderían a su vez con energía otros feminismos, de origen angloamericano principalmente, que articulan sus análisis sobre el concepto de *patriarcado*.

Reconstruir la rica y escondida trama de las culturas femeninas es, en cambio, desde aquella otra perspectiva comprensiva que propone la inspiración francesa que sigue Bolufer

el objetivo y la tarea a cumplir, y por tanto, no solo y siempre serían víctimas las mujeres sino también protagonistas. Mujeres, sobre todo, que resisten y crean, que responden activamente a la obstrucción social de su presencia y de su voz, a los impedimentos que se encuentran, y que defienden, contra viento y marea, sus propias formas de decir y de hacer.

En las propias palabras de la autora: “Las mujeres no aparecen en este programa como víctimas pasivas de un orden desigual que les reservaba un lugar subalterno, sino como agentes activos de la Historia: individuos que construían sus propias vidas y relaciones y que contribuyeron a los procesos de transformación social. Por ello se incide en los límites (jurídicos, económicos, culturales y políticos) que constreñían su existencia, pero también en las múltiples formas en que estos fueron desbordados, bien de forma abierta (caso de muchas mujeres y algunos hombres críticos hacia la forma en que la sociedad y el pensamiento de su tiempo entendían y regulaban la diferencia de los sexos) o bien de manera sutil a través de prácticas y estrategias cotidianas: es el caso de las escritoras que utilizan las convenciones sobre la modestia natural en su sexo para poder expresarse y ser escuchadas, o de las místicas, que apelan a la manifestación divina para legitimar su búsqueda interior y sus ambiciones de proyección pública. Las mujeres no son siempre ajenas al poder: muchas veces lo sufren en sus carnes, pero también lo ejercen (en forma de poder político –caso de las reinas y señoras feudales- o de autoridad carismática –santas y beatas-) o apelan a la justicia para reclamar los derechos que entienden les corresponden en una sociedad desigual” (p. 95). Desde esta perspectiva hemos de entender, pues, lo que conlleva la tarea docente e investigadora: misión entonces de la historiografía es hacer hablar a esas mujeres, devolverles la voz.

Bajo una estructura narrativa perfectamente ordenada, y reforzada en los apartados bibliográficos de manera muy bien seleccionada y organizada (hay que decir que figuran allí bastantes títulos que trascienden ese enfoque relacional básico al que me he referido, sugiriendo más aproximaciones), el libro incardina satisfactoriamente la historia de las mujeres en los cambios historiográficos. Destacan, a mi modo de ver, las páginas en que se revisan los discursos derivados del giro cultural, con la recuperación de la biografía y la subjetividad, así como las líneas que Bolufer dedica a las emociones y al concepto de experiencia. Por la probada solvencia de la autora en estos temas, quizá sepan a poco a quien las lea, pero ahí está, con todo, su propia obra reciente para cubrir si cabe esa necesidad.

Insistiré por último, para no alargar demasiado esta nota, en que es indiscutible el papel crucial que los estudios sobre mujeres y feminidad desempeñan en la trayectoria reciente de la disciplina histórica. Habrá quien eche de menos aquí el desarrollo o inclusión detallada de otros más o menos recientes hallazgos teóricos y conceptuales en la materia, y quizá incluso hubiera podido desarrollarse más a fondo aquella perspectiva relacional que articula los sexos históricamente. En este sentido, al menos un apunte sobre la eclosión reciente de estudios sobre virilidad y masculinidades podría iluminar quizá a los docentes. En cualquier caso, la trascendencia de la inserción de la historia de las mujeres y del género –aun vista desde un contexto limitado, como es el español- evidencia un orden superior de transformaciones en la disciplina de la historia, y entiendo que libros como éste pueden ser decisivos para su urgente normalización académica. Queda mucho, por hacer y rehacer, no cabe duda; de modo que proporcionar el máximo posible de herramientas de inspiración y método, más que un reto constituye a esta hora una obligación.

Un estudio muy solvente, en resumen, destinado a ser de gran utilidad, muy leído y empleado en foros diferentes. El esfuerzo de Mónica Bolufer en este texto constituye un ejercicio académico impecable y es una indudable aportación a la tarea entusiasta de reconstruir las prácticas de la memoria femenina desde la historia y las ciencias sociales. Una tarea a la que, desde el campo específico de la Historia Moderna, la autora ha venido consagrando desde hace años su vocación con excelentes resultados.